

LA MADRE DE FAMILIA.

REVISTA LITERARIA, MORAL Y RECREATIVA,

CON LA APROBACION ECLESIASTICA,

Y BAJO LA DIRECCION

DE ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

NÚM. 4.º—AÑO V.

REDACCION Y ADMINISTRACION DARRO DEL CAMPILLO 15.

Mayo 1879.

Se publicarán ocho números mensuales, conteniendo artículos de costumbres, novelas, poesías, y cuanto juzguemos apropiado para la instrucción religiosa, la enseñanza y el recreo.—Los pagos podrán hacerse directamente a esta administración, en letras del giro mutuo, y en los puntos donde no las haya en sellos de comunicaciones, pero solamente de veinte y cinco centimes de peseta.—Suplicamos á los señores que quieran suscribirse, que al darnos el aviso, marquen bien su nombre, pueblo de su residencia y provincia á que pertenece.—El precio de suscripción es el de dos reales mensuales en toda España, Ultramar y extranjero cuatro, franco de porte.

SUMARIO.

Héroes de la Conquista, Hernan Perez del Pulgar, por R. Milan.—**La cuerda destemplada**, poesia, por P. Cayetano Fernandez.—**La pendiente del abismo**, por Doña Enriqueta Lozano de Vilchez.—**A mi querido padre**, poesia, por T. Rodriguez de la Torre.—**El Monte de San Miguel**, por P. F. Seccion doctrinal, por Doña Enriqueta Lozano de Vilchez.

HÉROES DE LA CONQUISTA.

HERNAN PEREZ DEL PULGAR, EL DE LAS HAZAÑAS.

(CONCLUSION.)

Al entrar la noche, que por cierto era bien nebulosa, tomaron Pulgar y los suyos la ruta de la ciudad, y esquivando pasar cerca de los pueblos, llegaron casi á las puertas de ella, sin haber tenido obstáculo ni tropiezo alguno. Cruzaron el Darro, y reuniéndose en la orilla opuesta, se metieron por donde los dos ríos juntan sus aguas, pasaron con el mayor cuidado frente al Castillo de Bibataubí y llegaron sin el menor azar hasta el segundo puente, bajo cuyo arco se ocultaron.

Allí escogió Pulgar á su ahijado Pedro, á Bedmar su cuñado y otros cuatro; y abrazando á los demás y encargándoles el mayor sigilo mientras volvian de su expedicion, entró por el canal del río, y siguiendo la ribera de las tenerías vinieron á salir á una casa magnífica, que servia de recreo á uno de los cortesanos de Boabdil.

Atravesaron no sin gran trabajo algunas retorcidas callejuelas, viniendo á desembocar en la plaza de Bibarambla, que oscura y silenciosa solo dejaba oír de cuando en cuando los silvidos del viento que se estrellaba contra los minaretes de la gran mezquita.

Llegaron con el mayor silencio hasta su misma puerta: entonces Pulgar encendió un hacha de cera que traía, y arrodillándose sacó un pergamino en que campeaba el *Ave María*, escrito con letras azules sobre dorado, y diciendo «*Sed vosotros testigos de como tomo posesion de esta mezquita en nombre de los reyes de Castilla, consagrándola desde ahora á la Virgen del cielo, que nos ha servido de guia,*» lo clavó con un puñal en la tablazon de la puerta. Hecho esto se levantó y con voz en que se dejaba ver la fé de la religion mas acendrada, dijo estas palabras: «En poder de los infieles te dejamos, dulcísimo nombre de María, concédenos la gloria de volver en breve á rescatarte.»

Después de esto se acercó á otra puerta de la misma mezquita que caía hácia aquel lado, mandando á sus compañeros la cubriesen de retamas para ponerle fuego; hecho lo cual, se dirigió á la Alcaycería, donde estaba el depósito de ricas telas y sederías, con ánimo también de incendiarla. Cuando ya iba á ejecutarlo, fueron sentidos por los moros que velaban en guarda de aquel opulento recinto. Gritaron los alarbes, acometieron los castellanos, y ya iba cundiendo la alarma por toda la ciudad, cuando Pulgar, temiendo el peligro que pudiera sobrevenirles, dijo á sus compañeros: *«Por el mismo camino, amigos míos, y la espada abra paso»*. Fortuna suya fué que á favor de la oscuridad, y cada cual por donde pudo, llegaron á la margen del río, y arrojándose en su cauce, siguieron á ciegas su camino con riesgo de quedar sepultados.

Los once hidalgos que habian quedado en el puente acudieron para amparar á sus amigos y juntos todos se dirigieron á toda rienda hácia la fortaleza de Alhendin, ya recobrada, hallándose al romper el alba al abrigo de sus fosos y murallas.

Grande fué la costernacion que causó en Granada la entrada de los castellanos, y grande también la cólera de Boabdil, cuando supo que lo que él habia creído formal asalto, solo habia sido una sorpresa tan increíble como prestamente ejecutada por reducido número de guerreros.

Sorprendidos quedaron D. Fernando y D.^a Isabel cuando supieron el portenso hecho á que habian dado cima Pulgar y sus compañeros: en premio de él le ofrecieron heredades y haciendas en Granada, cuando se redujese á su poder: prometiéndole al mismo tiempo «asiento é honrada sepultura» en la catedral que se labrase sobre las ruinas de la mezquita. Edificóse la capilla de su enterramiento en vida de Pulgar, en el mismo paraje en que tomó posesion de la mezquita. Está situada hácia la parte de oriente, en medio de tres templos: cuales son la Catedral, la Capilla Real y el Sagrario, sin estar dentro de ningunos de ellos; de donde proviene el refrán que desde antiguo se conserva en Granada de, *Como Pulgar, ni dentro ni fuera*.

Después de la hazaña últimamente referida, no se durmió Pulgar al arrullo de sus glorias: antes por el contrario, estrechado el cerco de la ciudad por los Católicos monarcas, tuvo ocasion de volverse á distinguir en varios reencuentros y escaramuzas parciales, siendo tanto el temor que llegaron los moros á cobrarle, que bastaba ver su penacho de plumas blancas, en-

carnadas y azules, para que se encerraran dentro de sus muros.

Reducido Boabdil al último extremo, entabló pláticas con el magnífico Fernando, interviniendo en ellas Pulgar, como persona en quien este tenia puesta toda su confianza; y al cabo de dos meses abrió Granada sus puertas á los vencedores, cediendo á la feliz estrella de los monarcas de Castilla.

Nombrado Pulgar alcaide de la puerta de Batramayor, fué al mismo tiempo encargado de la guarda y custodia del barrio de la mezquita principal, como recuerdo de su mayor hazaña.

Apesar de la toma de Granada, y cuando todo parecia que iba á quedar en reposo, no le faltaron á Pulgar ocasiones para ejercitar su valor, pues los moros no cesaban de inquietar á los castellanos con continuas y sangrientas rebeliones. Fueron teatro de sus postreras glorias las Alpujarras, Órjiva y Mondújar, donde encerrado en una casa y cercado por multitud de infieles estuvo á pique de perecer.

Hallándose un dia Pulgar en los salones de la Alhambra, llamóle el conde de Tendilla, ponderándole el aprecio que sus reyes le tenian, le propuso que si queria cederles las tierras que ellos les habian dado en Alhama, puesto que habian de servir para los nuevos pobladores, pudiese la compensacion que creyese mas racional. Enojado Pulgar por oir que le ofrecian recompensa sabiendo su desprendimiento, y forzado por el de Tendilla á que diera contestacion, le dijo: *«Puesto que SS. AA. me obligan á ello, ofrezcadme que lo que yo pida me lo otorgarán»*—*«Yo os lo otorgo en su nombre»*, le contestó el alcaide.—*«Pues bien, decidle que pido los molinos de Tremecen»*. Chocó al valeroso conde lo que Pulgar exigia, sabiendo que sus reyes nada posein en África; pero Pulgar adivinando su pensamiento, le dijo: *«¿Hay mas que ganarlos? Si yo no tomo posesion de ellos, la tomarán mis hijos.»* Enterados los reyes de lo que exigia, escribiéronle en términos muy lisonjeros, ofreciéronle todos los molinos del África cuando se redujesen á su servicio.

El emperador Carlos V. ratificó esta promesa, extendiéndola á sus descendientes, y quedando como anejos al marquesado del Salar.

Antiguamente dichos molinos á principio de cada año se sacaban á pregon en la puerta de la casa de los Pulgares, como reconocimiento de propiedad.

Hay algunos datos de los que pudiera inferirse que Pulgar, aunque de edad avanzada, pasó á África y á Italia: pero no hay certeza del hecho, y por consiguiente lo mas natural es creer

que cansado de tantas fatigas se retirase á descansar á la sombra de sus laureles.

Hasta aquí la vida de Pulgar como héroe, pasemos ahora á conocerlo como escritor y como hombre privado.

Como escritor redactó con severa imparcialidad las proezas y vida del gran capitán, de las que fué testigo presencial, mereciendo por su erudición, buen criterio y modestia el aplauso de todos los sabios de aquel tiempo.

Como hombre privado, casó tres veces: la primera con D.^a Francisca Montes de la Isla, en la ciudad de Alcalá, por los años de 1485, Nació de este matrimonio una hija, de nombre D.^a María, que casó con D. Rodrigo de Bazán, regidor de Granada y alcaide de Gibraltar,

Se desposó en segundas nupcias el día 2 de abril de 1508 con D.^a Elvira de Sandoval, rama de muy buen tronco. Nacieron de esta señora D. Rodrigo, que falleció antes que su padre; y Hernando Perez del Pulgar, en quien recayó el mayorazgo, y que supo ilustrar el nombre de sus predecesores.

Año y medio antes de morir contrajo tercera vez matrimonio con Elvira Perez de Arca, de la que no se sabe mas que el nombre, y que no trajo bienes ningunos, por los que se pudiese inferir que este enlace habia sido por interés.

Falleció el valeroso Hernando el día 11 de Agosto de 1531, á los 80 años de edad, como lo expresa la lápida que cubre sus cenizas, Hizo su testamento dejando varias mandas y legados, y fué enterrado en la capilla mandada erigir por la bondad de los monarcas.

Tal es el resumen, la vida y hechos de uno de los principales héroes de la conquista.

R. MILAN.

LA CUERDA DESTEMPLADA.

Nada importa para la salvacion llenar toda la ley, si deja de cumplirse un solo precepto.

*Hay algunos cristianos tan groseros,
que, en no siendo ladrones ni usureros,
beodos, asesinos ni perjuros,
ya se tienen por salvos y seguros,*

*aunque al paso reserven un resquicio
por donde mantenerse en algun vicio.*

*¡Mas la yerran! y el caso que ahora cuento
servir debe á su error de documento.*

Tocó Elisa en el arpa un *andantino*
en su alegre *soirée* de *Il Coradino*;
mas con tal espresion y tal maestría
que pasmaba escuchar la melodía.

«¡Otra vez!» otra vez!»—la gente clama;
y otra vez lo tocó la insigne dama.

Mas, queriendo lucir una agudeza,
con tal secreto repitió la pieza
que, si há poco estasiaba su armonía,
ahora riña de gatos parecia:

y, sin faltarle un tilde á la sonata,
punza, araña, asesina y desbarata.

Al oirla, unos tapan sus orejas

otros tosen y enarcan ambas cejas.

—«Qué es aquesto?»—Pregúntase con risa:

y riendo tambien contesta Elisa:

—«Un misterio del arte y no profundo;

—«¡Un cambio tan atroz!»

—«Pues ello es nada;
todo ha sido..... una cuerda destemplada.

—«¿Una cuerda tan solo?»

—«¡Y eso sobra

para hundir sin piedad la mejor obra!

Es achaque y revés que el arte tiene,

que una nota tan solo que disuene

descompone el conjunto de tal modo,

que ingrato y disonante lo hace todo;»

y las gentes la broma celebraron,

y el fenómeno acústico admiraron.

¡Oh! no estuvo presente un moralista!

Mas... dirélo por el, y fuera cuentos:

cumpla el hombre con fé los mandamientos:

si reserva faltar tan solo en uno,

todo el bien lo destruye el importuno,

quedaddo para Dios horrible y feo

cual si en todos á un tiempo fuese reo.

P. CAYETANO FERNANDEZ

LA PENDIENTE DEL ABISMO.

(CONTINUACION.)

La pobre muger llevó una mano á su frente! creyó que los golpes que habian dado á la puerta, los habian descargado con una maza de hierro sobre sus sienes.

Oh! en aquel momento hubiera querido morir, hubiera querido al menos huir, esconderse instintivamente, por no presenciar lo que iba á suceder.

—Abre, abre, repetía D. Diego lleno de febril impaciencia, abre, ¿no ves que vuelven á llamar?

—Oh! no, no por Dios! exclamó Mercedes enteramente trastornada. ¿Qué va á ser de nosotros? qué va á ser?

El anciano la miró con asombro, y murmuró con un acento lleno de afán.

—Vuelve en tí, Mercedes: tu cabeza se extravía, haz un esfuerzo sobre tí misma; nuestros males van á cesar; vuelve en tí, y sobre todo, abre, no te detengas mas.

La infeliz se dirigió maquinalmente á la puerta, y franqueó la entrada al que llegaba.

Mercedes se quedó un instante indecisa y muda, los que llamaban eran una señora anciana al parecer, y un hombre de mediana edad en cuyo brazo se apoyaba.

El aspecto de los recién llegados pareció desorientar á Mercedes por un momento.

Acaso no eran aquellas personas las que esperaban, no eran las que debían reclamar el depósito de señor L.

La dama levantó el velo de la mantilla que cubría su rostro, en el cual se revelaba una gran ansiedad y preguntó con una voz que el cansancio, ó quizá la emoción hacían temblar.

—D. Diego de Zurbarán...?

—Aquí vive, señora, murmuró Mercedes sin aliento.

—Loado sea Dios, exclamó la anciana con alegría; entremos, entremos Sr. de Castro.

Mercedes les precedió con una luz en la mano, y así llegaron á la salita donde por vez primera la vimos.

La blanca cortina del cuarto de Luisa, había quedado levantada y á través de ella pudieron

los recién llegados ver á la niña y al anciano que hacía esfuerzos inútiles para levantarse de su sillón.

—Oh! este caballero...? exclamó el señor de Castro, este caballero será quizá al que venimos á buscar?

—Se llama V. D. Diego de Zurbarán? preguntó la dama desconocida.

—El mismo soy, señora, respondió el anciano con dignidad.

El señor de Castro dirigió una mirada en derredor, y al contemplar la pobreza de aquella estancia una expresión de disgusto se dejó ver en su semblante.

—Pues bien, exclamó la recién llegada, á quien sin duda dominaba una terrible impaciencia, yo vengo en nombre del señor de L... á reclamar un depósito que hace diez años puso en sus manos ¿es verdad?

—Sí lo es, respondió D. Diego apresuradamente, yo lo recibí entonces, y lo conservo en mi poder para entregarlo intacto á su legítimo dueño, como cumple á un hombre de honor.

—Oh! mi padre no se había engañado, al juzgar á V. un modelo de lealtad, exclamó la desconocida con una inmensa alegría. Ya lo ve V., añadió volviéndose al señor de Castro, ya ve V. como yo tenía razón y como lograremos salvar á mi hijo, Oh! Dios proteja á las madres que recurren á su bondad!

Mercedes no había pronunciado una sola palabra, pero en aquel momento sus ojos vagaron en torno, buscaba doquiera la imagen de Dios, para dirigirle sus fervientes plegarias!

—Repito á V., señora, que ese dinero está en mi poder, y para entregárselo solo espero....

—Que yo presente á V. la mitad de un papel escrito y rasgado, y cuya otra mitad tiene V. sin duda: ¿no es esto? Oh! yo puedo hacerlo en este instante, y además, también traigo conmigo una carta de mi padre, en la cual me dice, que próximo á morir, y hallándome yo lejos, muy lejos, y sobre todo, casada con un hombre al cual aborrecía por sus contrarias opiniones políticas, dejaba en poder de D. Diego de Zurbarán seis mil duros en billetes del banco, seguro de su provida, y cierto de que me los entregaría, cuando al verme en algún caso extremo de la vida me decidiese á venir á reclamarlos, trayendo el recibo que V. dejó en poder de mi padre.

—Todo eso es verdad, señora; así me lo repitió en sus postreras horas.

—Pues bien, D. Diego, aquí estoy ya, mi esposo, que jamás haría uso de ese dinero, igno-

ra el paso que doy, pero el caso extremo que mi pobre padre preveía ha llegado ya.

—Como! exclamó D. Diego con interés.

—Ahora! murmuró Mercedes alentando apenas.

—Sí, en esta casa donde habitan el honor y la rectitud puedo decirlo todo. Mi hijo... por que yo tengo un hijo que es mi vida, mi amor, mi hijo á seguido como su padre la carrera militar; querido de sus jefes, protegido por la suerte puede llegar á ser mucho, pero hoy... hoy, continuó la dama despues de una corta vacilacion, se ve en un compromiso terrible: es cajero de su regimiento, y por uno de esos extravíos tan comunes en la juventud á... no... es decir, tiene que devolver á la caja cinco mil duros que le faltan, y esto en el término de veinte y cuatro horas, por que de otro modo el déficit se haría público y sería juzgado por un consejo de guerra, y asesinado por su padre, que tiene el honor en mas que la vida. Yo sabia esto... lo sospechaba hace tiempo y por eso habia mandado que le buscasen en su aldea, y por eso le escribi hace ocho dias, y por eso he venido hoy.

—Oh! ha hecho V. bien, señora! gracias al cielo todo puede remediarse!

—El señor de Castro, este caballero que me acompaña, es intimo amigo de mi hijo; por él lo sé todo y entre los dos vamos á salvarle, por que ¿le salvaremos, es verdad? teniendo ese dinero ya no corre peligro alguno?

—Oh! quien lo duda!

—Una vez devuelta esa cantidad, continuó la pobre madre con exaltacion, todo quedará en el mayor secreto: solo yo, si alguna vez se enterara mi esposo de que he recojido ese dinero, estoy expuesta á su furor. Pero ¿qué importa esto si salvo del deshonor á mi Enrique? ¿que madre no se sacrifica por el hijo de su alma, aunque este hijo sea culpable ó desgraciado?

Mercedes miró á aquella mujer de una manera incomprensible, cada una de sus palabras desgarraban de un modo terrible su corazon.

—Tranquilízase V., señora, exclamó D. Diego conmovido á su vez por aquel sentimiento, tranquilícese V. que todo va á terminar en este instante. Vé, Mercedes, vé, esposa mia, y trae la cartera que guardo hace diez años.

Mercedes sintió que la tierra huía bajo sus piés, pero permaneció inmóvil.

¿Que iba hacer? que podia decir?

Acusaría á Julio? diria que su propio hijo los habia robado?

¿Revelaría la verdad á aquella otra madre que lo arrostraba por todo para salvar á su Enrique?

Oh! esto era imposible! no acababa de oírle decir que, ¿que mujer no se sacrifica por salvar al

hijo de sus entrañas, aunque este sea culpable ó desventurado?

Enriqueta Lozano de Vilchez.

(Continuara.)

A MI QUERIDO PADRE.

Sencilla flor arrancada
del tallo que la dá vida,
débil hoja desprendida
de la planta en que nació,
¿donde irá marchita y seca
sin savia, aroma y colores?
¿dónde hallará los amores
que en su hogar abandonó?

Débil yedra cariñosa
sin arbol que la sustente,
¿dónde alzar podrá su frente
y su vida sostener?
Gota de agua cristalina
que rápida al suelo baja,
¿qué mar será su mortaja?
¿á dónde se irá á perder?

Suave nota desprendida
de la lira del poeta,
¿dónde, abandonada, inquieta,
irá á llevar su cancion?
cuándo podrá hallar un eco
dentro del fondo de un alma?
¿podrá acaso hallar la calma
en oculto corazon...?

¡Ay!... pobre flor arrancada
del tallo que la dá vida,
gota de agua desprendida
del espacio de zafir,
débil yedra cariñosa
de su sosten separada,
nota en el viento llevada...
¿dónde el hijo irá á morir,

Si le falta del cariño
la dulce savia amorosa,
si se pierde en la espumosa
onda de un mar de dolor?
¿dónde irá sin el apoyo
de paternales consejos,
si va muy lejos, muy lejos
buscando un eco de amor...?

¡Padre! ¡padre! dentro el alma
te guardo mi amor ardiente;

¡cuánto gozo el alma siente
en amarte mas y mas!
Pude en mi delirio ciego
tu amor olvidar un día,
mas no amarte el alma mia,
eso... ¡no pudo jamás!

Mi ignorancia, como bueno,
perdona, padre querido,
que si amarte no he sabido
en mi loca juventud,
por tu salud hoy al cielo
mi alma una plegaria eleva
y mi cariño á tí lleva
las notas de mi laud.

Plegue al cielo, padre mio,
que viva siempre á tu lado;
pueda mirar inundado
de dicha tu corazon,
y cuando del pecho exales
el último triste acento
yo, recogiendo tu aliento,
reciba tu bendicion.

T. Rodríguez de la Torre.

EL MONTE DE SAN MIGUEL.

Pocos dias despues de su peregrinacion al Monte de S. Miguel, el célebre escritor cuyo nombre estampamos al principio de este artículo dirigió á los padres del sagrado Monte la carta y la leyenda que traducimos á continuacion.

Muy reverendo Padre.

Mi corazon está lleno del Monte San Miguel; y apenas cierro los ojos, veo de nuevo en ese su trono magnífico al arcángel blandiendo la espada de Dios. ¡Que bello, qué grande, qué místico, que imponente y elevado es todo eso! El Ángel de Dios, el que lanzó ese grito: «¿Quién como Dios?», no podría escoger, en toda la extension de la tierra y de los mares, una morada que fuese mas espléndida. Si el Señor me dilata la vida, quizás escribiré la historia de esa piedra seductora, pedestal de tan grandes obras de arte, santuario de tantas maravillas, y teatro de tantas hazañas.

Entre mil testimonios de vuestra amistad, cuento la peticion que me habeis hecho de una ó dos páginas que creditaren mis simpatías por vuestros excelentes Ana-

les. Pues bien; os envío una cortita leyenda tomada de las riberas bretonas, de los tiempos de San Auberto, el fundador de vuestra abadía. Nada llevo escrito que haya recorrido tantos paises. Poca cosa es, á buen seguro; pero todas las lenguas han traducido esta leyenda, y algunas buenas personas de vuestro hermoso país de Lombardía le han cobrado tan excesivo cariño, que me la han arrebatado, la han hecho suya, y la han firmado con su propio nombre,

Pero pasemos á nuestra historieta. El hecho aconteció muy cerca de Cherrueix, en Bretaña, en aquella parte de costa que quedó inundada durante los primeros siglos de la monarquía francesa, en el gran bosque de Scissy (Chéze), dejando únicamente en descubierto las islas normandas, algunos escollos, Fonbelencia, y Monte Fumbo, en donde San Auberto hubo de obedecer por fuerza al santo Arcángel construyendo la humilde iglesia que fué como el fundamento de la grandiosa abadía de Monte San Miguel, en medio del mar.

Y h. ahí la leyenda.

NUESTRA SRA. DE LA FAMILIA.

Érase un pastor llamado Amel, con cuya esposa, Penhor, conocida por la rubia, vivían en la parroquia de San Vinol, actualmente cubierta por las aguas en la bahía de Concoba. Los dos se amaban mucho. Penhor estaba buena y alegre, Amel era fuerte y piadoso, llevando él siempre la imagen de Ntra. Señora en la procesion del quince de Agosto. Pero no tenían hijos, y esto les llevaba algo afligidos.

Un dia, que Amel vino pesaroso de apacentar el rebaño, encontró á Penhor que lloraba; y comprendiendo el motivo de sus lágrimas, le dijo:

—«Amada mia: ¿Qué te parece si hiciéramos tejer un velo muy bonito para la Virgen? Mira; en recompensa, ella te dará un angelito para tu cuna.»

¿Iréis á creer que un hombre puede ser el primero en pensar? No; siempre os aventaja la mujer. Penhor habia hecho ya tejer un magnífico velo, mas blanco que la nieve, y trasparente como las brumas de verano.

La Virgen de San Vinol era muy rica, porque las gentes del país pecaban mucho, y la colmaban de ofrendas, pero cuando vió aquel precioso velo, que no era para pagar el rescate de algun pecado grave, quedó muy contenta, y lo aceptó. Amel y Penhor tuvieron un niño, y se amaron aun mas junto á la cuna querida.

Cuando el niño tuvo nueve dias, Penhor, que todavia se encontraba muy débil, lo tomó en sus brazos, y presentándose ante el altar de la Virgen, arrodillada le dijo:

—María: hé aquí el pequeño tesoro que nos habeis dado; ¡oh Madremia! os lo devolvemos; haced que sea vuestro, y que vaya creciendo cubierto con vuestro calor

celestial. Miradle. Virgen bendita; le habemos puesto el nombre de Raoul, como su abuelo; miradle bien para que lo reconozca el día en que os haya menester.

Y Amel contestó.

—Así sea.

El niño creció vestido del color del cielo.

Ignórase si fué por causa de los pecados de la parroquia de San Vinol ó por los de todas las parroquias de la costa; pero el caso fué que en una noche de grande infortunio el agua del río se hinchó, así como la leche hirviendo que se derrama por los bordes del vaso: el viento sopló, cayó la lluvia, y tembló la tierra. Toda la llanura se cubrió de agua; y al amanecer se vió que no era el río que se hubiese desbordado, sino el mar.

Era que habia llegado sombría, invasora, sublevada, rompiendo los diques puestos á su bravura por la mano de Dios. Ya no se llamaba el mar, sino el diluvio.

La iglesia de San Vinol estaba construida en una altura, y allí fueron á refugiarse los pobres inundados; pero Amel y Penhor permanecieron á la puerta de su casa, edificada en un sitio un poco mas elevado que la iglesia.

Cuando las aguas, que iban en creciente, llegaron á su casa, se subieron al primer piso, llevando consigo al pequeñito Raoul; y cuando el agua les siguió hasta el piso, se subieron al tejado, y aun fueron perseguidos allí.

—Amado esposo mio, dijo Penhor; alabado sea Dios, pues vamos á morir aquí todos juntos.

—No lo creas, le contestó Amel.

—Pues ¡qué! gritó la infeliz mujer; ¿piensas por ventura abandonarnos?

—De ningún modo, repuso el pastor.

El agua iba subiendo sin cesar. Y cuando estuvo en lo mas elevado de la techumbre, añadió Amel:

—Toma contigo al pequeñito Raoul; te ayudaré para que subas sobre mí, ponte de pié sobre mis espaldas, y mantente firme....

Arrojóse Penhor al cuello de su esposo, derramando lágrimas, pues habia comprendido todo su heroísmo.

—Eso no, exclamó, jamás consentiré!

—Apresúrate, dijo Amel; yo lo quiero; es para salvar al niño. Si sabes sostenerte sobre mí, podrás vivir unos momentos mas y tal vez las aguas se detendrán. Adios, querida esposa mia; si muero y tu te salvas, será un gran beneficio.... Dile que se acuerde de su padre.

Penhor obedeció; y así que se puso de pié, las aguas cubrieron la cabeza de Amel que la estaba sosteniendo.

Penhor, llorando su corazón por sus ojos, tenia en sus brazos al niño. Cuando el agua llegó á su cintura, estrechó á Raoul contra su pecho, lo levantó y le dijo:

—Levántate sobre mí; te ayudaré. Pon tus piecitos sobre mis espaldas, y procura mantenerte firme....

—¡Oh madre mia! contestó el pequeñito, no lo quiero.

—Anda, apresúrate; yo lo mando. Quizás el agua se detendrá. Si sabes sostenerte sobre mí, aun vivirás al-

gunos instantes; y si tú te salvas, será un gran beneficio.... Adios, amado hijo mio, corazón mio; acuérdate de tu padre y de tu madre....

Y no pudo hablar mas, por que el agua invadió su boca.

En breve, por encima de las olas no se vió nada mas que la cabeza blonda del pequeño Raoul, y un pliegue de su vestido azul que flotaba por la corriente del agua.

Precisamente en aquel instante la Virgen de san Vinol salia por la parte mas alta de una ventana de la iglesia, que estaba enteramente inundada, y dejaba su nicho entre las aguas yendo á refugiarse en el cielo. Llevaba consigo las ofrendas que le habian sido presentadas. Cuando se levantaba con rápido vuelo, vió la linda cabecita de Raoul, y el pliegue de su vestido azul. Detiénese María, y exclama.

—Este niño es mio: quiero llevarlo tambien conmigo

En efecto; creyendo que lo arrastraría con facilidad, cogióle por sus dorados cabellos; pero el niño permanecía pesado, muy pesado para un cuerpo tan pequeño, y tan pesado, que la Virgen Santísima tuvo que abandonar todas sus ofrendas para servirse de ambas manos.

Cuando todo lo hubo tirado, el lino, los tisús y las flores, pudo por fin levantar al niño, y comprendió porque le pesaba tanto. Penhor, la pobre madre, estaba agarrada á Raoul con sus dedos, moribunda, y con sus dedos tambien moribundos, el padre se agarraba á la madre.

—Oh! exclamó la Virgen al ver tan encantador racimo de corazones; ¡qué cosas tan hermosas ha puesto el Señor sobre la tierra!

Y en un cabo de su manto estrellado envolvió al padre con la madre, y la madre con el niño, tres amores en uno, que forman y se conocen con un solo nombre: *la Familia*. ¡Nombre bendecido en la tierra y en el cielo!

Esta historia se cuenta entre Cancale y Pontorson, que ambos miran al Monte San Miguel.

PAUL FEBAL

SECCION DOCTRINAL.

LA SENDA DEL CIELO.

(CONTINUACION.)

Adolfo se alejó gozoso del lado de su abuela, y al llegar á la escalera tropezó con Julian, que subia medita-

undo y que le preguntó al verle marchar tan de prisa.

—¿Qué es eso, señorito, á donde va V?

—Voy... luego lo sabrás: no puedo detenerme.

—¿Está la señora Marquesa en la galería? dijo el mayordomo dirigiéndose al niño que no podía oírle ya.

—Bah! añadió Julian, despues de esperar en vano una contestacion, no responde... pero cuando él viene de arriba, indudablemente la señora estará allí. Vamos, vamos, es preciso que yo la hable; ella es tan buena, se interesa tanto por nosotros, que me dará un buen consejo y me dirá lo que debo hacer.

El mayordomo siguió adelante, y un instante despues, pedia permiso á la Marquesa para llegar hasta ella.

Cuando estuvo en su presencia, y despues de algunos preámbulos, pues el pobre hombre no sabia como empezar.

—Señora, dijo; como V. E. es tan buena, como todos creemos mirar una madre cuando la vemos, yo venia... yo quisiera...

—Vamos, amigo mio, pierda V. toda clase de temor, y háblame con franqueza, ya que al empezar esta conversacion ha invocado el recuerdo de su madre.

—Pues bien, exclamó Julian mas animado. Yo ya no soy un niño, he cumplido veinte y cinco años y á esa edad, el hombre debe pensar en crearse una familia, en tomar un estado.

—Tiene V. razon amigo mio; continúe V.

—Mi madre es ya muy anciana y necesita quien la cuide, quien la mime, y la verdad es, señora, que los hombres no servimos para eso.

—Por lo que veo, Julian, V. pretende casarse.

—Pues... eso es, la señora acaba de acertarlo.

—Bien, yo apruebo ese pensamiento, siempre que la muger elegida por V. tenga las cualidades necesarias para hacerle feliz.

—Hé ahí, pues, lo que venia á consultar con V. E.

—Segun eso, yo la conozco.

—Sí, señora.

—Dígame V. su nombre.

—Su nombre se parece á ella: Rosa.

—Ah! ¡la hija del señor Nicolás?

—La misma.

—Es muy linda en efecto.

—No es eso, sin embargo, lo que ha determinado mi eleccion.

—Entonces...

—Si la hubiese encontrado en un baile, en un paseo, ó en otra parte así por ese estilo, me hubiese agradado sin duda, hubiera procurado acercarme á ella para decirle algunas flores y pasar el rato á su lado, pero nada mas.

—Siga V.

—Pero yo he visto á Rosa aquí, escuchando á V. E. con interés, y tomando sus lecciones con el deseo de aprenderlas, la he oido decir á su padre, que la trajera muchos dias, pues queria enseñarse á ser una buena hija, y á cumplir con sus deberes, y al escucharla, señora, he aquí, dije, he aquí la mujer que me conviene, por que la que es buena hija hoy, mañana será sin duda buena esposa y buena madre de familia.

—Muy bien, Julian: veo que piensa V. como un hombre de provecho, y le felicito por ello. Rosa es una jóven honrada y digna, y apruebo su eleccion. Yo la he observado atentamente y creo que reúne las condicio-

nes para justificar la preferencia que V. le da hoy, b. E. modesta y sencilla y laboriosa y amable.

—Eso me ha parecido, señora. Por que aunque, V. E. crea que no, los hombres, cuando vamos á buscar esposa, cuando nos fijamos en una muger para hacerla la compañera de nuestra vida, no miramos las apariencias, no miramos solo las altas cualidad del alma, y huimos con espanto de la muger vanidosa, de la frivola y vana, por mas que posea un rostro hermoso y un aspecto agradable. El orgullo de una muger nos retrae, su aficion al lujo nos aterra, su afan de galas nos hace pensar mucho en lo que podrá exigirnos mañana, y su inaccion y su dejadéz nos hacen huir de ella, pensando con disgusto, ¿qué sería de nuestra hacienda, confiada en sus manos? ¡Ay señora, que la que crea agradar por medio del excesivo adorno, y mostrándose siempre en público, y queriendo llamar la atencion y fijar todas las miradas, se engaña lastimosamente, y no sabe que con una palabra, con una mirada, con un ademan, pierde una jóven la aureola de pureza y de castidad que ciñe su frente, y que es su mejor adorno á los ojos de un hombre honrado.

—Me agrada oír á V. hablar de ese modo, amigo mio, por que del mismo pienso yo.

—Oh! continuó Julian, alagado por aquellas palabras; el otro dia cuando nos hablaba V. E. de la pureza, yo hubiera querido añadir. La pierde ó la mancha la muger que vá derramando en torno miradas ó sonrisas indiscretas y ligeras, la pierde la que vá al baile y á las fiestas con el seno desnudo ó los hombros descubiertos, la pierde la que escucha complacida las frases lisonjeras de cualquier galanteador de oficio; la pierde en fin, la que no se sonroja de escuchar una palabra equívoca, una sílaba que pueda ofender su recato, por que tambien, señora, tambien á los hombres nos enamora la pureza del alma y ésta es un cristal, que cualquier cosa mancha ó rompe. Por eso me he fijado en Rosa, dándole la preferencia á otras mas ricas y mas hermosas quizá, la he visto recogida y pudorosa, modesta en el vestir, recatada en la actitud, sin pretensiones, sin orgullo, y si á V. E. le parece tambien como á mí, creo que mi madre tendrá en ella una hija bondadosa y activa y yo un ángel que embellezca mi hogar.

—Le ha hablado V. á ella algo de esto? preguntó la Marquesa á su mayordomo.

—No, señora, no me he atrevido, y además, queria consultarlo con V. E.

—Está bien, déjelo V. á mi cuidado, y puesto que V. á venido á mí como á una madre, yo hablaré con Rosa, y si su corazon es libre, y cree que puede ser feliz á su lado, yo me encargo de todo y seré la madrina de la boda, ó mas bien, lo serán mis nietos en nombre mio, por que son dos ángeles, y los ángeles atraen la felicidad sobre los que se ponen bajo su amparo.

La Marquesa no pudo continuar por que á la entrada de la galeria aparecieron ya algunas personas de las que acudian allí todas las tardes.

(Continuará.)

Enriqueta Lozano de Vilchez.

GRANADA:—Imprenta de La Madre de Familia.